

NELLY J. FRANCO

TIERRA DE BALANCINES

EDILUZ
Editorial de la
Universidad del Zulia





TIERRA DE BALANCINES

Nelly J. Franco

Prohibida su reproducción, adaptación, representación o edición, sin la debida autorización de la Universidad del Zulia o del autor.

ISBN: 9789801826422

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Editorial de la Universidad del Zulia (EDILUZ). Ciudad Universitaria Dr. Antonio Borjas Romero. Facultad de Humanidades y Educación. Sótano del Bloque C. Apartado 526. Teléfonos (424) 5621618

Correo Electrónico: direccionediluz2020@gmail.com

Maracaibo, Venezuela.

Mayo, 2022

Dedicatoria

**A la memoria de mis padres Guillermo Jesús
y mi madre María Antonia.**

**A mis hijos Guillermo Jesús, María Susana
A mis nietos William, James, John y Catarina
y amigos.**

CAPÍTULO I

DE CORO A CABIMAS

EL ARDUO VERANO había azotado el lugar conocido como “cujisal” por su riqueza en árboles de cují. Un chuchube junto con los cristofué volaban en círculo, sus cantos alegraban la tarde que comenzaba a dejar vestigios de un día asoleado.

El firmamento había tomado un color grisáceo, las nubes correteaban, por segundos quedaron solas. Los turpiales, chuchubes, y cristofués, desaparecieron.

Allá, en la lomita, cerca de un arbusto seco, sentado en una piedra, estaba Aniceto, quien curiosamente miraba el firmamento murmurando:

“El cielo esta negro, los pájaros andan buscando un lugar pa’ponerse a salvo”.

Al mismo tiempo clamaba:

“¡Ah, mundo, papá Dios! Acordate de mandarnos agua a tus hijos están muriendo de sed y hambre”.

Un trueno, estremece a Aniceto y es como si el mismo Dios, le hubiese respondido.

Miró al rancho, el olor a café recién hervido lo hizo levantarse, mientras caminaba dirigiéndose al rancho. En su cabeza muchas cosas pensaba, con su mirada al horizonte trataba de conseguir una respuesta a la cantidad de preguntas que se hacía.

A escasos metros estaba su realidad ese rancho, que él mismo construyó:

Enea, barro y varas de caña brava. Aniceto pensaba “todo es una rutina, me levanto a las 4:00 am atiando los animales, los pocos que quedan, tomo mi café endulzado con papelón, desayuno, voy al conuco a trabajar, siembro yuca, auyama, maíz, frijoles, viene

la hora del burro, descanso. En las tardes camino a mi “lomita”, allí voy a soñar. La abuela me decía que atrás de esa Colina había otro mundo. Quiero conocer ese mundo ¿Cómo será? ¿Habrá mucha gente? ¿Y si me encuentro con una muchacha bonita, de cabello negro, largo, con los ojos grandes negros, de labios rojos? Sería mi “peonia”.

Aniceto dibujaba una sonrisa en su rostro. Murmuraba: mi “peonia”. Creo que estoy “pendejeando” como me decía la vieja Rosario.

Apuró el paso, en segundos ya estaba en el rancho. La vieja Rosario, así le decían por allí, tenía una inteligencia poco común. Sus tejidos finos de chinchorros y alpargatas le habían dado fama.

Rosario oye el perro ladrar. Levantó su vista con gran vivacidad, y al reconocer a su hijo le dijo:

¡Ah, Sos vos! ¿Adónde andabas? A lo mejor “pendejeando”, mirando nubes, silbando como los pájaros. ¿Muchacho te vas a volver loco?

El domingo vete a misa, en el pueblo hay muchachas en edad de casarse, quiero nietos. Allí en el baúl está el “dominguero” se está poniendo amarillo. Nunca lo usas, es que estás esperando que yo me muera.

Aniceto ya estaba acostumbrando a oír las letanías de Rosario.

La miró con dulzura y, al mismo tiempo, le respondía: “Vieja, usted si es envainá”.

Mientras le recibía el café servido en totuma.

Sentado en el taburete de cuero e' chivo soplaba el café tratando de enfriarlo, lo tomaba al mismo tiempo que su mirada la recorría por toda la pieza.

Rosario, lo miraba, lo escudriñaba.

Aniceto trataba de evadirla.

Silencio y miradas escudriñadoras producían un ambiente de pesadez en el rancho.

Aniceto se levanta bruscamente y rompe el silencio dirigiéndose a Rosario, le dice:

Va a llover vieja.

Esta lo mira. Pensaba: “Humm, este tiene algo... y tiene que ver con su amigo Rubén, le debe estar llenado la cabeza de ideas raras”.

Aniceto: “Hace rato un trueno me asustó”.

Rosario murmuró: “Dónde roncan Tigres, no hay burros con reumatismo”.

(¿Desde cuándo a este le asustan los truenos? Pensó ella)
Su madre no hacía comentarios.

Aniceto se levantó, fue al fogón a servirse más café, volvió a sentarse en su taburete. Luego interrumpe el silencio para decir: “Vieja, el mejor café que he tomado en mi vida, lo hace usted humm!

Ella pensaba: “Este me está halagando, algo quiere decirme y no se atreve”.

Rosario: “¡Ah, Muchacho pendejo, como si hacer café es una cosa del otro mundo. Se necesita agua, café, papelón y las ganas de hacerlo.

La vieja pensaba: “Si este se cree que soy tonta, está equivocado”.

Rosario le respondió con una sonrisa, poniendo más nervioso a Aniceto. Cuando iba hablar Rosario se levantó, y agarró la escoba hecha de un arbusto llamado “caseto”. Espantó a la gallina que había puesto un huevo en el canasto donde estaba la hilaza para tejer los chinchorros. La gallina hizo un escándalo. Rosario, escoba en mano, la espanta al mismo tiempo que profería palabras que parecían asustar a Aniceto.

Rosario: “Gallina traidora, te dejé entrar pa’que te comieras las burusas de maíz caídas del molino, vete a tu nido! Te voy a retorcer el pescuezo. soos, soos, gallina entrometía!”.

Aniceto vio lo molesta que estaba la vieja con la gallina. Se levantó diciéndole:

“Vieja, voy a poner las pipas en la canal, si llueve agarraremos agua”.

Lo vio salir y murmuró entre dientes:

“¿ A este tripón qué le pasará? Si cree va a engañarme como la gallina está equivocado”.

Llovía a torrenciales, parecía como si toda el agua que “Papá Dios” no había mandado en un año, ahora en una lluvia la enviaba toda (pensaba Rosario).

Aniceto brincaba, saltaba, bañándose en la lluvia. Era uno de sus gustos desde pequeño, su madre lo miraba desde la ventana.

El olor a tierra mojada, a lluvia, la ponía melancólica, despertando recuerdos de su niñez, de su casa paterna. Su padre político, hombre de carácter fuerte, se mantenía en guardia ante sus enemigos, les olfateaba cualquier plan en contra de su vida. Siempre tenía la respuesta precisa.

Alguien le dijo un día: “Don Facundo, qué le parece el gobierno, aumentó los impuestos?”.

Su sarcasmo brotaba ante este tipo de preguntas.

Respondió:

“Sí, en este país llegará el momento que hasta para escupir habrá que pagar, si no nos amarramos los pantalones nos marcarán como a reses”.

Su sarcasmo le había hecho ganar seguidores en su grupo político – partidista.

Sus enemigos, por su parte, lo odiaban cada vez más. No se sabe cómo fue que se enteró de un plan que había para matarlo.

Ese día llegó a su casa y le dijo a su esposa:

“Anastasia, la masa no está pa’bollo”.

Recogieron algunas pertenencias al amanecer y partieron don Facundo y su familia.

Después de una semana de camino con las mulas cargadas Llegaron al corozo. Allí estaba la casa donde había pasado su infancia.

Al aproximarse le salieron al encuentro dos perros flacos, ladraban sin cesar. Al unísono se escuchó una voz: “¡Conservador y liberal! Dejen de ladrar. Es el Patrón”.

A la orden del hombre los Perros hicieron silencio. El hombre vestía alpargatas, pantalones color kaki, camisa blanca, en el cinto llevaba un machete envuelto en una vaina de Cuero. El sombrero de paja le

ocultaba parte del pelo negro, liso.

Su mirada recelosa, y aún así sus ojos le brillaron al ver a su Patrón.

Con voz recia y acento del lugar, se le oyó decir:

“ Don Facundo, bienvenido a su casa”.

Al mismo tiempo, su mujer Encarnación ayudaba a doña Anastasia y a Rosario a bajarse de las cansadas mulas.

Don Facundo, dijo: “Ya sabes Andrés, si alguien pregunta por mí, no des información, porque la masa no está pa’bollo”.

Aquel le miró con malicia y con un movimiento de cabeza le respondió:

“Sí, Patrón entiendo, la masa no está pa’bollo ”.

Jugando por los corredores y jardín de la casa fue donde don Facundo pasó su infancia. Su padre seguía en sus actividades políticas. Hombre de mentalidad conservadora, tenaz, estereotipo de hombre valiente, sagaz, llevaba la sangre de político en sus venas.

En el salón principal de su casa estaban colgados todos los cuadros con las fotos de sus ancestros.

Todos habían hecho carrera política. A veces don Facundo muy socarronamente decía:

“¡Ah! Este recinto huele a mando, huele a “Bragueta”.

Allí se reunían para hablar lo referente a cuáles serían las estrategias a seguir políticamente en su condición de opositores.

Rosario a veces oía golpes dados a la mesa, se les oía consignas de libertad, justicia e igualdad. Sabía cuando su mamá entraba a llevarles el café; hacían silencio. Un día don Facundo le dijo a Anastasia:

“Los hombres dirigimos el país, ustedes las mujeres a la cocina, a bordar, a tejer y criar a los niños”.

Su madre cansada de oír tantos improprios, le respondió con una pregunta:

“¿Entonces, don Facundo Bravo, las mujeres parimos los hijos y ustedes le dan como única herencia la guerra?

Facundo la miro atónito, su dulce Anastasia hablando de esa manera. Trató de sobreponerse del impacto. Mordió el grueso tabaco, la miró.

Don Facundo: “Pero... mujer no te quejes, si tu no tienes hijos varones”.

Anastasia: ”Tendré nietos, pienso en los hijos de este país, soy madre.

Si usted, el líder político piensa así, los hijos de este país seguirán recibiendo como única herencia la guerra, el hambre y la miseria. Don Facundo creo que su bragueta se rompió”.

Jamás en tantos años de matrimonio Anastasia lo había retado.

Su dulce, callada y hacendosa Anastasia.

Por primera vez en su vida.

No tuvo respuesta de la impotencia, lo único que le quedó a don Facundo fue asestarle una cachetada para que Anastasia sintiera que allí había mando, que allí olía a bragueta.

Doña Anastasia se mantuvo erguida con rabia y dolor le dijo, retadora:

“No dejaré pisotear mi dignidad, recuerda siempre esto, don Facundo Bravo.

Este dio media vuelta, se colocó su sombrero de pajilla, mirándose al espejo que había en la sala, se acomodó su leontina, miró a su alrededor y dijo mordiendo el tabaco: “Aquí huele a mando”.

Transcurridas unas seis horas, don Facundo regresó a su casa, Andrés y su mujer le miraban callados. Don Facundo, dirigiéndose a la habitación matrimonial, encontró soledad.

El olor a mujer pulcra y hacendosa ya no estaba. Miles de pensamientos vinieron a su mente. Recordó las palabras de Anastasia.

“No dejaré pisotear mi dignidad, recuerda siempre esto, don facundo bravo”.

Con voz desesperada, don Facundo gritó:

“¡Anastasiaaaa!”

El eco se oyó a miles de kilómetros de distancia.

Allá afuera Andrés le dijo a su mujer: “Humm, la masa no está pa’bollo!”.

Sigilosamente, dos lágrimas rodaron por sus surcada mejillas y reflexionó: “Dolor, miseria ¿Tomaría Anastasia una buena decisión cuando dejó a mi padre?”.

El ruido de un trueno sacó a Rosario de aquellos recuerdos dolorosos.

Aniceto seguía disfrutando la lluvia. Era verse ella misma con una diferencia, que él no oyó reuniones políticas.

Miró hacia aquel árbol de cují.

Su frondosidad lo hacía bello, mágico. Allí estaba enterrada su madre, antes de morir le dijo: “Rosario, no entregues tu dignidad. Es lo único que nos queda a quienes hemos heredado el hambre y la miseria”.

Su madre era una mujer dulce y dura a la vez. Un día se le ocurrió preguntarle por su padre.

Anastasia le respondió: “Rosario, de los difuntos no se habla”.

Jamás se atrevió volver a preguntarle por su padre.

A veces, acostada en su chinchorro, viendo la luz de la luna en el silencio de aquel monte en noches sin luna, este tornábase tenebroso. O en noches de luna llena tomaba un encanto mágico, y así lo recordaba con el bigote acicalado, sombrero de pajilla, de mirada escudriñadora y fría, siempre llevaba la leontina de oro.

Cuando entraba en polémica por alguna discusión política o personal, mordía su grueso tabaco. Rosario sonreía y murmuraba “ese era mi padre don Facundo Bravo”.

Hacía un sol sofocante, Aniceto limpiaba el conuco, trabajar y trabajar con la esperanza de salir de esa pobreza. Se oía un golpe agudo cortando la maleza con su machete “Cola e gallo”.

A ratos le daban ganas de dejarlo todo e irse a ese lugar donde hay mucho trabajo, eso era lo que le decía Rubén, y se llevaría a su vieja también con él.

Pensaba: “Me niego a recibir la pobreza como herencia, lucharé para una vida mejor. Estoy joven, si lucho con

este pedazo de tierra para sembrar el maíz, yuca, auyama, puedo luchar para irme y tener un futuro mejor”.

Y seguía cavilando: “La vieja Rosario quiere nietos, pero a veces me pregunto para que traer inocentes a sufrir miseria, hambre... Tengo a la vieja con unos tos seca, los remedios caseros no le hacen nada. Le di aceite de gallina, la única gallinita que nos quedaba, la que ella sacó a escobazos del cesto de hilaza. Le retorcí el pescuezo para darle la grasa, mezclada con miel de abeja, se la doy en cucharadas con la esperanza de curar a mi vieja. Pasan los días, ella sigue igual, tose, tose y no expectora. La veo amarilla como el “dominguero”.

Sus pensamientos son interrumpidos por el canto de un pájaro negro, que rara vez se ve en estos montes, solo en caso de avecinarse algo malo. Los lugareños dicen que es un mensajero de la muerte. El animal volaba en círculo, extendía sus alas y lucía su pico largo. Aniceto oyó el aullido del perro de su rancho era el sonido característico de avisar algo.

Aniceto sin pensarlo corrió en dirección al rancho.

Pensaba en su vieja Rosario, entró al rancho y la llamó, luego llegó al chinchorro.

Todavía estaba su cuerpo caliente, sus ojos abiertos. Aniceto puso su cabeza en el pecho de Rosario y verificó que su corazón ya no latía.

La miró fijamente con dulzura, y cerro con lentitud los ojos de su Rosario.

El grito de Aniceto fue más fuerte que el aullido del perro.

Los cardenales, chuchubes y cristofué volaron a sus ramas.

“No hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista”. Decía la vieja rosario.

La muerte era una solución para Rosario, con la llegada de esta se acabaron las penurias, la miseria.

Te has muerto... y aún huele a mando, huele a Bragueta.

CAPÍTULO II

LA DESPEDIDA

Con la muerte de Rosario, nada más ataba a Aniceto a quedarse en aquel monte.

Un buen día miró el rancho de barro, enea y caña brava. Entró, recogió todos sus recuerdos como las fotos de sus abuelos Don Facundo Bravo, Anastasia y de su madre. En el baúl encontró bien oculto en el fondo, unas morocotas, los zarcillos de oro de su difunta abuela, una medalla de la Virgen de Coromoto. Había quedado huérfano muy pequeño, una peste que azotó estos lugares había acabado con la vida de su padre.

Guardó todo en un bolso tejido. Luego, fue al fondo del rancho, ahí estaban enterradas su abuela y su mamá.

Arrodillado ante las dos tumbas rezó un Padre Nuestro. Recogió tierra del suelo. Esas dos cruces fueron testigos del dolor de Aniceto, y aquel cují sembrado por Rosario, cuya frondosidad era majestuosa pese a los fuertes veranos, siempre mantenía su color verde. Este cují cumplía su propósito al darle sombra a las tumbas.

Aniceto: “ Abuela Anastasia, mujer valiente, cuánta razón tenías cuando le dijiste al abuelo “los hijos de este país seguirán recibiendo la miseria como herencia”. Soy tu nieto, voy huyendo del hambre y de esta miseria. Mi vieja Rosario, debo romper estas cadenas. La abuela decía que había allaaá otro mundo mejor, y yo lo iré a buscar. Dios y tú me acompañan. Rubén me dijo que en ese lejano allá hay un pueblo llamado Cabimas, donde hay mucho trabajo, por el petróleo que lo sacan de la tierra del lago.

Rubén: hay prosperidad, siempre quise decírtelo; pero vieja o tú te apresuraste en irte o yo me tardé.

Aniceto disminuyó la intensidad de su voz cuando dijo:

“Bendición, abuela Anastasia. Bendición, mamá Rosario”

Prendió dos velas, les oró un rato, dio media vuelta y salió de allí para siempre.

Aniceto fue al rancho, agarro su equipaje, cerró el rancho con lágrimas en los ojos y lo bendijo. Él guardaría tantos recuerdos, sueños, vivencias de su vieja Rosario, como él la solía llamar.

Aniceto: “ Cuánto me duele dejar las dos únicas mujeres que he amado en mi vida. Siempre quise decirte que nos iríamos, pero tu enfermedad me lo impidió

LA TRAVESÍA

Los primeros claros del día ya se vislumbraban en el firmamento.

El color naranja en el horizonte anunciaba la presencia de un sol resplandeciente.

El canto de guacharacas, salido del monte, rompía el silencio de esa montaña.

Rubén y Aniceto habían emprendido el viaje, ambos llevaban sombreros de pajilla y calzaban alpargatas hechas de hilo y suela, pantalones y camisa de lino, color marfil. Como todo coriano llevaban el machete en el cinto, además cada de un bolso tejido, allí tenían las provisiones para comer, y un envase con agua que lo hacían de un árbol llamado taparo, lo curaban y lo usaban una vez procesado como totuma para tomar café, agua o hacían cucharas.

Desde el día anterior iban caminando. Habían dormido en casa de una comadre de Rubén, de allí salieron temprano para reemprender la marcha.

Rubén hablaba sobre los cambios que se estaban dando en Cabimas, porque ahora era un lugar petrolero. En 1922 hubo el famoso “Reventón”, ese acontecimiento fue tan grande que se supo en todas partes. Comenzó a llegar gente de todas partes de Venezuela y del mundo.

Ese pueblo no tenía casas para soportar esa avalancha de personas que llegaban a un lugar donde el sector rural aún existía.

La economía era de subsistencia, donde había hatos de chivos, cultivaban ciertos rubros para consumo

local, existía la bodega como sitio de venta de algunos alimentos, condiciones de salubridad precarias y sin servicios públicos.

La salud era tema de preocupación al igual que el de la educación. Estadísticamente, el analfabetismo tenía un porcentaje de un 80%, eso fue lo que le dijo su tío Nicolás, y muchas otras cosas él las había visto directamente.

Rubén: “ Tengo ya dos años que me vine a Coro. Pero el hambre obligó a la gente dejar el campo para irse a ese lugar petrolero a trabajar, las empresas los están contratando a montones”.

Aniceto, a medida que avanzaban, sentía que dejaba atrás parte de su vida.

En su jocosidad Rubén miro hacia atrás y divisó a lo lejos un bosque de cujíes... solo se le ocurrió tararear una canción.

Rubén: “Los cujíes lloran de dolor...”

Aniceto sonrió ante la forma emotiva, jocosa y alegre de su amigo.

Ya la tarde estaba declinando y poco a poco vendrá la noche.

Rubén con tono claro le decía Aniceto:

“ Compadre, apuremos el paso, debemos llegar al caserío más cercano, este trecho es de culebras, las hay de todos los tamaños y colores”.

No había terminado de decirlo cuando Aniceto ve una serpiente en dirección a ellos. Su destreza en el uso del machete, como hombre nacido y criado en el campo, le desarrolló una rapidez sorprendente.

Aniceto desfundo su machete “Cola e Gallo” y de un zarpazo le cortó la cabeza a aquel peligroso animal. Rubén estaba pálido, atónito, alcanzó a ver aquel animal que por esos lugares le llaman “Guayacán”. Es venenosa, muy rápida...pero, sin duda, más rápido fue Aniceto. Rubén: “ ¿Cómo sabías que ese “bicho” venía por nosotros?”

Aniceto : “Con tanto silencio en el monte, uno aprende a conocer los sonidos, cuando son por el aire, la tierra, el agua. Mientras me hablabas yo oí que algo venía arrastrándose, eso me permitió estar alerta. Compadre, quédese tranquilo, ya lo más duro lo pasamos”.

A lo lejos se oye una voz, Aniceto y Rubén miran hacia donde viene.

Eran dos hombres.

Uno les habla y dice:

“No había visto un hombre tan rápido con el machete, ya habíamos visto el animal en una macolla de paja que se nos perdió hasta que oímos el ruido del machete.”

El hombre se identifica como Aparicio y el otro como Juan, a su vez Rubén y Aniceto dijeron sus nombres.

Aparicio: “Habíamos llevado a los chivos a tomar en un “ojo de agua” que está cerca ¿Y ustedes, de dónde vienen?”

Aniceto: “Del Cujizal”.

Aparicio responde: “Me lo imaginé”.

Por pura curiosidad volvió a preguntar.

Aparicio: “¿Van allá donde se dice que hay un líquido negro llamado petróleo?”

Rubén: “Sí”.

Aparicio: “No les recomiendo que sigan el viaje, esta zona es de culebras, por aquí las hay muy peligrosas, y en la noche salen a buscar qué encuentran. Les ofrezco quedarse en mi rancho, mañana continúan”. Aniceto y Rubén aceptaron, cenaron, compartieron una amena conversación. Luego todos se durmieron. En la mañana continuaron el camino hacia allá donde hay mucho petróleo, como dijeron los hombres.

CAPÍTULO III

ANICETO Y ALTAGRACIA

Después de un mes, exactamente el 12 de Febrero, llegan a Cabimas, que era su destino final.

La tía Altagracia los esperaba, al verlos los saluda muy efusivamente.

Rubén: “Bendición, Tía”.

Tía Altagracia: “Dios te bendiga, mi muchacho bello”.

Ella lo abraza, y le da un beso muy afectuoso.

Rubén: “ Tía él es mi amigo Aniceto, de quien te había hablado.

La tía Altagracia lo saluda, dándole la bendición.

La tía era una mujer muy cariñosa, de esas personas que nacieron para amar y ser amadas.

En el barrio quien no conocía a la “tía Gracia,” así la llamaban.

Si alguien moría buscaban los servicios y apoyo de la tía Gracia.

Si alguna mujer iba a parir allí estaba la tía Gracia.

Si alguien enfermaba, había que llamar a tía Gracia.

Ella parecía resolver todos los problemas del pueblo.

Solo salía de su casa los domingos cuando iba a misa.

Los demás días estaba en su hogar con las obligaciones propias de una mujer de aquella época. La tía Gracia se esmeraba en atender a Nicolás.

Ella decía que no había aprendido a leer ni a escribir porque en esos montes no había escuela, ni maestros, y porque en la familia nadie sabía de esas cosas.

Pero la tía Gracia se jactaba al decir que $2 + 2 =$ son cuatro, riéndose de sus ocurrencias.

Tía Gracia: ¡Ah, Mundo! Deben estar muy cansados y con hambre.

Va a la cocina, les trae café, con la hospitalidad que la caracterizaba.

Los invita a que se acomoden en el cuarto.

Tía Gracia: “Descansen, báñense mientras les preparo la cena”.

Rubén: “ Tía ¿Y dónde está, tío?”.

Tía Gracia: “ Está jugando dominó con unos vecinos, él no tarda en llegar”.

Una hora después Aniceto entró al comedor, ve a la tía Altagracia en la cocina, el olor de su sazón lo lleva a donde está ella quien siente sus pasos y lo mira con admiración.

Tía Gracia: “Muchacho, vos sos muy guapo”.

Aniceto se sonroja, recordó a Rosario que siempre se lo decía.

Tía Gracia: “ Por aquí hay muchas muchachas en edad de casarse, son trabajadoras, decentes, de buenas costumbres y familia”.

Aniceto se sonrió.

La tía Altagracia decía las cosas con una naturalidad, y jocosidad. No eran solamente palabras sino los gestos en su rostro, el brillo de sus negros ojos que destellaban una pureza increíble.

Por un instante la tía se asomó por la ventana. Habla con la seguridad propia de una mujer que vivió en el campo.

Tía Gracia: “Ya se está poniendo oscuro, el día se fue y no nos dijo adiós”.

Al mismo tiempo dejaba escapar una pícara sonrisa. Ahora viene la noche, el cielo se pondrá “toitico” lleno de escarchas, hoy vamos a ver una luna de “pendejos”, decía con propiedad.

Tía Gracia: “Es luna de “enamorados” y cuando uno se enamora es como un pendejo”.

Se reía de sus propias ocurrencias.

Esas palabras lo llevaron otra vez al recuerdo de Rosario.

“...¡Ah, Sos vos! ¿A dónde andabas, a lo mejor “pendejeando”, mirando nubes, la luna, estrellas, silbando como los pájaros.

A veces, él la sentía caminar a hurtadillas, aproximándose a la “lomita” que era su lugar sagrado, su santuario. Allí sentía la brisa acariciarle su rostro y soñaba, porque, al fin y al cabo, era un tejedor de sueños.

Rosario tejía chinchorros y él tejía, pero sueños.

Veía el agonizante Sol, contemplaba los pájaros volando y cantando en el firmamento.

Se quedaba a esperarla.

Llegaba la noche como siempre y ya ella vendrá.

La buscaba impaciente en el firmamento, cuánta alegría al verla por algunos pocos segundos. La tristeza lo embargaba.

Pensaba que la veía desteñida (murmuraba así ¿Y será que mi luna hoy estará triste?) ocultaba el rostro entre sus piernas.

Al rato, levantaba la cabeza y ahí estaba ella en el esplendor de su belleza.

La luz lunar le alumbraba el alma, lo inspiraba a escribir poesías.

Aniceto: “Quisiera atrapar una estrella y traerla conmigo”.
Ese era Aniceto, muchacho del campo, hijo de Rosario, su inocencia le hacía construir un mundo, alma pura y blanca como la luz de la luna.

Su abuela Anastasia le enseñó a leer y a escribir poesías con el lápiz del alma.

Altagracia seguía con los preparativos de la cena.

Hoy será una cena especial a causa de la llegada de los dos muchachos.

El menú era el típico de la cocina coriana, arepa pelada, caraotas, chicharrones con suero y guarapo de papelón y limón.

Desde la cocina la tía Gracia oye la voz de Nicolás que le informa que ya llegó.

Tía Gracia le responde sonriendo: “Yo también”.

Nicolás se dirigió a la cocina.

Tía Gracias: “ Ya los muchachos llegaron”.

Los dos hombres se saludan.

Nicolás lo invita a sentarse y al mismo tiempo le pregunta: “ ¿ Y cómo les fue en el viaje?”

Aniceto: “Muy bien, un mes de camino”.

Nicolás: “Eso de los corianos a pie es para analizar. Otra gente también está llegando de otras partes del país. Todos vienen por el grito del reventón. Ese chorro de petróleo le ha dado la vuelta al mundo”.

Aniceto: “Así parece”.

Nicolás: “Los gringos como que marcan la historia de esta América. Lo que son las cosas. El grito de Rodrigo de Triana fue: ”Tierra” cuando las embarcaciones de Colón llegaron a la América. Ahora aquí

hoy es el grito del Reventón. Hay petróleo en el lago y en tierra, mucho trabajo a diario, reportan para trabajar. Mañana los llevo”.

Altagracia los llama a sentarse en la mesa para cenar. Rubén abraza a su tío y le saluda, pidiéndole la bendición.

El viejo le dice que está “espigado”, que ya era un hombre. Este se sonríe y dirigiéndose a Altagracia, le dice: “Prepárate que con estos jóvenes se te va a llenar la casa de muchachas”.

Todos ríen ante el comentario de Nicolás.

NOCHE DE LUNA

La tía Altagracia estaba sentada en su mecedor mientras contemplaba el firmamento. La casa tenía un corredor y en el medio un estanque. Todo el año se mantenía con agua, estaba techado por unas matas de trinitarias de colores blancas, moradas, rosadas, sus ramas se entremezclaban. En época de florecer producían un espectáculo digno de una obra de arte.

Después de cumplir con sus trabajos domésticos, la tía Gracia se sentaba cerca del estanque.

Aniceto se acerca y le pregunta: “¿Tía, puedo sentarme aquí con usted?”

Tía Gracia: “Si no te importa hablar con una vieja”. Aniceto sonríe.

La tía prosigue: “Cuando le doy un consejo a Rubén me responde:

“¡Ay, tía, usted está caduca!”.

Son 80 años trabajando, mis ojos ya no son como antes. Estoy quedando ciega. La vejez no viene sola, vienen las enfermedades, el cansancio, dolores en todo el cuerpo”.

Rubén la miraba con calidez, y también veía cómo alumbraba la luna y la luz del mechurrio los cabellos blancos con matices negros de la tía Gracia.

Tenía una trenza recogida con una peineta, su traje era negro y blanco con botones al frente, con cuello y mangas

hasta el codo, en la falda llevaba dos bolsillos de cada lado, siempre en ellos tenía centavos, lochas, medios, reales...

Ese sencillo lo utilizaba Nectario para comprar menudencias. Nectario era su muchacho de mandado, él iba a la bodega “Mi Lucha” a comprar cualquier cosa que necesitara. La tía gracia llevaba en sus orejas unos zarcillos de oro “cochano”, y un elegante collar de azabache negro.

Aniceto la oía y hacia silencio porque notaba en ella la vieja necesidad de hablar.

Él también quería hablar y entonces le preguntó:

“Tía, cuando la interrumpí me pareció que usted soñaba”.

Tía Altagracia: “No, hijo, ya a mi edad no se sueña, más bien se piensa, se tejen cosas”.

Aniceto, repite: “Se tejen cosa”.

Tía Altagracia: Sí ¿Ves aquel mechurrio, oyes el balancín que parece un tira leche? Le están sacando la “leche” a la tierra y todos estamos aquí tranquilos.

Aniceto: “No entiendo tía.”

Tía Altagracia: Ya entenderás. Usted todo lo observa y eso es lo que necesitamos, gente que todo lo averigüe no ve, más hace el que se calla que el que habla. Usted “toito” lo ve, llegará el momento que hablará como un sabio.

Aniceto: “Los viejos son sabios tía”.

Ella responde sin parpadear: “Como se ve que sos nieto de Anastasia y Facundo e hijo de Rosario. Eres respetuoso, tienes educación, ahí está la obra de Anastasia y Rosarito. Me preguntaste si soñaba. Te respondí que pensaba que hace 80 años llegué de Coro a este pueblo y cuántas cosas he visto. Se hablaba que con la explotación petrolera vendría el progreso ¿Que progreso? Estamos encaramados en el burro y no veo el “progreso”. Se está perdiendo el respeto. Ves cómo Rubén me dice que estoy caduca. En mi generación jamás le hablaríamos así a un adulto. Según estos jóvenes de ahora los viejos no decimos cosas importantes.

Nunca aprendí a leer ni a escribir, pero soy un libro abierto para hablar de todo lo sucedido en este pueblo”.

Aniceto la observaba y le captaba un dolor muy grande, como si su corazón tuviera espinas.

Ella continuaba como en un monólogo bien aprendido:

“Ahora piensan que la gente del pueblo, como no sabemos leer ni escribir, ni hablamos bien, no se nos debe oír. Nos ignoran por pobres, por viejos, por no saber leer. Muchacho ¡Qué vaina llegar a viejo! Nos quieren “arrinconar” como la repisa del cuarto donde tengo alumbradas las animas benditas”.

Aniceto sonreía oyendo decir a la tía cuántas verdades.

La tía prosiguió como inspirada:

“Antes a esta hora los vecinos nos sentábamos en el frente a conversar, a contarnos como toda esta zona era cría de chivos, se cultivaba maíz, auyama, yuca, y cómo podíamos ayudar a algún vecino con medicinas, alimentos. Los niños jugaban: “la gallinita ciega”, “el palito enmantequillao”. Si hacías un dulce lo compartías con nuestros vecinos. Todo se acabó con la llegada del tal fulano televisor ese. Es un demonio que entró a las casas, ahora ya ni rezamos el Santo Rosario. Antes Nicolás se sentaba conmigo, se reía con picardía, la luz de la luna nos alumbraba y nos decíamos palabras lindas. Miraba la luna y decía:

“ ¡Bendita luna! Te amo, como a esta mujer.

¡Bendita luna! Sin rostro... pero te amo.

Bendita Altagracia! Mi novia eterna”.

Por supuesto, que el amor es eterno ¿No te parece? “.

Aniceto movía la cabeza en señal de afirmación.

Tía Gracia: “¿Ya sabes dónde ésta mi marido? En la sala con el demonio llamado Televisor, ese es su nombre y su apellido “Phillips”. Oye como grita: ¡Jayo Silveeer! Viene el llanero solitario con su indio y una nube de polvo y el grito: ¡Jayo Silveeer! Cambia la imagen y se oye a Nicolás Choco, Chocolate. Un tren cargado de Chocolate Savoy... Choco, Chocolate..”.

Tal era la jocosidad de la tía, su rostro se transformaba, arrancándole a Aniceto carcajadas.

La tía sigue hablando:

“Hijo, yo no pensé que mi marido se volviera niño tan rápido”.

La tía se levanta de pronto del mecedor y le dice a Aniceto: “Espérate, traeré café”.

Aniceto la mira sonriendo. La tía es todo un personaje, mujer inteligente y muy observadora.

Mientras toman café, la tía le dice:

“ Te voy hablar de algo que nos avergüenza y que no es otra cosa que la prostitución. La pobreza no te hace ser inmoral, no venimos de familias ricas, con apellidos de alcurnia, pero sí con mucha moral. Con este “gentío” llegado de otras partes nos tocó la fibra más débil como la prostitución. En la “Nueva Rosa” hay construcciones donde viven y trabajan. Son trabajadoras sexuales. A ese sitio llamado “zona de tolerancia” llegaron las famosas “francesitas”, dicen que son mujeres muy bellas, pelo amarillo, ojos azules y blancas. Nuestros hombres se han vuelto locos por ellas, pagan cualquier cantidad de dinero para estar con una de esas “francesitas”.

Por un momento la tía baja la voz para mirar hacia todos los lados, como si alguien la estuviera oyendo. Luego continúa diciendo: “”Sabes por qué se volvían locos por estar con una mujer de esas?” Porque ellas eran muy complacientes”.

Aniceto se turbo un poco ante tales confesiones, cambió de posición en la silla. En su rostro se dibujó una picardía.

La naturalidad de la tía no dejaba de sorprenderlo.

Tía Gracia: “ ¡Cuántos males tenemos, prostitución, borrachos, licor. Por decirte un poco de los tantos males. Así que ¿A cuántos hijos no se les conoce padre? Salen morenos con ojos verdes, o blancos con el pelo “apretado”. Fíjate en Nectario, mi muchacho que estoy criando, me ayuda hacer los “mandados” a la bodega, su madre nunca supo quién fue su padre, y antes de morir se me lo dio. Tiene 14 años y es alto, moreno y con ojos verdes. A ella la vieron con un hombre de esos que han llegado a trabajar en las empresas petroleras. Aquí lo que sobran son bares por todos lados, santuarios del vicio. Hubo una mujer llamada María Acosta, que llegó a Cabimas, dicen algunos que era loca, otros que era una visionaria. El asunto es que aún recuerdo la víspera de aquel 14 de diciembre de 1922, cuando el famoso “Reventón”. Aniceto, mejor es que oigas el cuento de Marta Acosta.

MARÍA ACOSTA

La tarde caía tímidamente, el sol se colaba entre las ramas de los arboles dibujando alargadas figuras. Una vieja harapienta, en la barriada el Cardonal, sentada frente a su choza, fumaba un tabaco con la candela hacia adentro. No sentía el calor en su boca. Asustaban, la ausencia de sus dientes y las muecas de burla. Se atribuía poderes sobrenaturales.

Murmuraba:

“ El futuro, el progreso de este pueblo, es como el humo de mi tabaco. No lo verán”.

Sus carcajadas rompían el silencio de aquella tarde que comenzaba a declinar, ya agonizaba “el sol de los venados”, como solían decir en esta tierra los lugareños.

La vieja seguía gritando a los cuatro vientos sus profecías:

“El estiércol del diablo consumirá tus entrañas, vendrán gentes que se alimentarán de ti. Se irán con sus botijuelas llenas de oro, oro, oro negro. No me canso de repetirlo. La semilla de la codicia crecerá como la pringamosa y la maravillosa maleza que crecen en esta tierra caliente”.

Cuando a ratos hacia silencio, se oía el canto de las yaguazas. Aquella mujer parecía incansable y proseguía con sus oráculos:

“ Los pueblos más fuertes vivirán de ti, consumirán tus entrañas, serás la tabla de salvación para muchos. El diablo depositará sus excrementos bañando de miseria a este pueblo trabajador”.

Sus carcajadas estridentes se perdían con la tarde.

A esta hora la gente regresaba de cumplir con las faenas del día, quienes al oír las palabras de María Acosta, se reían de aquella mujer considerada loca por todos en el pueblo.

Cansada de tanto gritar, al fin entró a su rancho, donde dialogaba con sus fantasmas, una vela encendida alargaba las figuras.

Oía la voz del lago, con sus cánticos de tristeza, oía el aleteo de las garzas, veía sus alucinaciones hechas realidad.

Ya el sol no se colaba entre los árboles provocando espejismos. Era la noche negra que traería otros fantasmas, oyéndose cadenas y grilletes. Otros seres entraban en la vigilia de la ciénaga. Sapos y ranas daban un concierto danzando y saltando de un lugar a otro. Noche de fiesta para retozar con los grillos, sus rivales en el canto.

Noche silenciosa y sin luna.

Es noche de amor, por instantes unos ruidos externos la traían a la realidad.

Un silbido muy suave se dejaba escuchar, era el del viento colándose entre el pajonal de la ciénaga. Nuevamente los fantasmas vuelven.

María Acosta sale de su rancho y con una fuerte voz grita interrumpiendo la paz de la noche.

“¿Quién descubrió la América,
quién, pueblo ignorante?”

(Ella misma daba de inmediato la repuesta)

“¡Colón, Colón!

¿Quiénes vinieron con Colón?

Hombres sedientos de oro

¿Qué nos hicieron?

Mataron a los indígenas,

se llevaron todo el oro.

¿Quiénes vendrán aquí muy pronto?

Hombres catires de ojos azules.

Sedientos de oro negro, como esta noche.

Vendrán en grandes barcos de hierro,

un chorro de candela saldrá de las

entrañas de esta tierra”.

Nuevamente la vieja hace un silencio largo.

Lapidario asocia a María Acosta con el reventón.

El ayer lo trae al presente, nuevamente le oigo hablar.

“Aún recuerdo la víspera de aquel 14 de diciembre de 1922 cuando el famoso Reventón...”

María Acosta, la loca del pueblo, vivía en el Cardonal y esa noche sus profecías hacían eco en las orillas del lago. No sabemos cómo llegó y tampoco cómo desapareció aquella mujer en Cabimas.

Alguien la vio bajarse de una piragua platanera, cargando un baúl de madera. Llamaba la atención el

celo que mantenía ante tan enigmático objeto, nunca se pudo saber el contenido de aquella caja misteriosa.

Unos días después del Reventón, al no saber más de ella, los vecinos resolvieron entrar a su rancho. Lo único que encontraron fue aquel baúl con libros de historia universal de América y un tratado de filosofía, pero de ella jamás se supo nada más, en medio del remolino causado por el reventón. Hay quienes aseguran que la vieron caminar hacia la ciénaga de petróleo y barro que cubría toda esta zona. Esa ciénaga donde la vieron hundirse.

A los días, los lirios de agua florecieron y las garzas volaban de un lugar a otro en actitud de regocijo.

CAPÍTULO IV

LA GALLINA CAYAMA

La lluvia caía torrencialmente.

La tarde venía cargada de recuerdos, de poesía, necesitaba endulzar el alma.

Su sonido agudo neutralizaba todo ruido humano y animal. Era la majestuosidad de la naturaleza. Digna de oírla melodiosa rítmica, con el vaivén de las ramas de los árboles sedentarios ante los caprichos de la naturaleza.

La lluvia, el viento, le arrancaba sonidos a todos aquellos que le rendían culto al silencio.

Aniceto, sentado frente a la ventana de su cuarto, contemplaba absorto este espectáculo. Entendía ese lenguaje ausente de palabras, pero rico en sonidos. Su vida en el campo. Sus tardes sentado en la “lomita” cerca del rancho, lo llevaron a desarrollar la observación, en esto razón tenía la tía Altagracia.

En su rutina observaba el azul intenso del firmamento, el verdor de los cujís en la época de lluvia, y el verde pálido en la época de sequía.

La lluvia comenzaba a amainar, por ratos el silencio de la tarde era interrumpido por el ruido de un balancín. Su continuo vaivén era enloquecedor.

Oye los gritos de la tía Altagracia llamando a Nectario. Ella lo estaba criando, iba a la escuela en las mañanas, en las tardes ayudaba a la tía.

Se oye:

“¡Nectariooo, Nectariooo!”.

En segundos Nectario estaba al lado de la Tía.

Con mucho respeto se dirigía a ella:

“¿Sí, tía?”.

Con vos cansada, pero aún con matices muy autoritarios, la tía le daba instrucciones:

“Anda a la bodega “mi lucha”. Cómprame un cuartillo de café. Un cuartillo de panela. Un cuartillo de sal y un paquete de velas. Hoy es día de alumbrar a las ánimas benditas del Purgatorio. Dile a Samuel que te de la ñapa.

Niceto responde diligente: “¡Sí, señora!”.

Salió corriendo, iba saltando entre los charcos de agua.

La tía continuaba en sus faenas. Molía el maíz para hacer las clásicas arepas corianas. Las colocaba en un budare, luego en una parrilla y las asaba con leña.

A la vez freía los chicharrones. Encima del fogón, guindaba el “capirote”, mañana les hare a estos muchachos unas “pira” con “capirote y arepa “pela”.

Rubén, desde que vino a Cabimas, acude al Comisariato y compra todo lo que esos gringos trajeron.

Ya no quiere arepa pela sino de esa harina que tiene de fotografía una negra que hace una arepa pequeña y finita, llamada panqueca.

ya no quiere tomar guarapo de papelón, sino coca-cola.

Nació y se crió en esos peladeros de Coro, y ahora está perdido de pretensioso.

Todo ha cambiado la ciudad, las personas. ¡Esto es acaba mundo!

Murmuraba la tía.

Un ruido inesperado hizo que Altagracia se volteara.

La gallina cayama había roto la taza donde Rubén tomaba el café.

La mujer palideció. Un Dios mío terminó de sacar a Aniceto de sus recuerdos.

Salió corriendo a la cocina, la palidez dibujada en el rostro de la tía hablaba por si sola de la gravedad del incidente.

Aniceto preguntó:

“¿Qué paso tía?”.

Luego de unos segundos sin responder, al fin la tía habló:
“La gallina cayama rompió el pocillo de Rubén”.

Aniceto, al oír a la tía, quiso reírse, pero por respeto se contuvo.

Aniceto: “Puede tomar café en otro pocillo”.

La tía responde:” La complicación es que no tengo más. Son las 6:00 de la tarde, y el pasaje sorocaima está cerrado para ir a comprar otro”.

Aniceto le daba palmaditas por la espalda tratando de calmarla.

Aniceto: “Mañana te compro ese pocillo, por favor, mi vieja, cálmate.

Mientras tanto que tome el café en una totuma”.

Las palabras de Aniceto la alteraron nuevamente.

Tía Gracia: “Muchacho el problema es que desde que ese hombre llegó a Cabimas y trabaja en la Compañía, no quiere tomar café en totuma, no quiere comer arepa, no quiere dormir en chinchorro. Se ha vuelto un patiquín”.

Luego de estas palabras de la tía Gracia, hubo una calma. La tía miró a Aniceto con dulzura.

Tía Gracia. “Siéntate a la mesa. Es hora de cenar”.

ANICETO Y SU POESÍA

La lluvia de la tarde dejó un ambiente de frescura.

Allí estaba ella, siempre igual: esplendorosa, su rostro brillante, redondo.

La visualizaba con una melena larga, blanca, de ojos grandes y de color violeta, labios gruesos.

El estanque de la casa era su espejo.

El silencio de la noche era profanado solamente por aquellos balancines, un sonido quejumbroso continuo acompañado de un vaivén. Balancines enclavados en la Tierra.

Parecían fantasmas incansables rompiendo la paz día y noche. El líquido extraído llamado petróleo saciaba las ambiciones de propios y de extraños.

Los mechurrios, con su llama, alumbraban el barrio en las noches sin luna. Ni el agua, ni el sol, ni el viento los apagabas. Día y noche quemando gas, contaminando todo el ambiente.

Los niños del barrio decían que era un fósforo grande.

Hasta los fantasmas ancestrales huyeron, ni siquiera las leyendas ni nadie hablaban de ellos.

Un desfile de fantasmas espantaban.

Fantasmas de ambición, de codicia.

Fantasma de ultraje contra un pueblo.

Fantasma de saqueo, de entreguismo.

Los grandes contrastes se visualizaban en esta región que una vez fue rural, con un sistema económico agrícola. Era una sociedad conformada por campesinos, que de pronto sufre un colapso y los habitantes naturales son desplazados vertical y horizontalmente para dar paso a una infraestructura petrolera distinta y a veces caótica, como esas construcciones petroleras, cuyos caminos de acceso fueron hechos a fuerza de la deforestación de bosques, conformados por los cabimas, árboles propios de la zona, inmensos cujisales y vastos manglares. Violentemente se transformó un paisaje natural a causa de la destrucción sistemática.

Aniceto en su análisis pensaba:

“¿De este progreso es del que me hablaba Rubén?. La ciudad está llena de mechurrios, de balancines por todas partes. El lago está poblado de taladros. La tierra llora, la han ultrajado, a nadie le duele. Llegó el “progreso”, y con ello el dinero fácil. Por todo se paga un precio, este pueblo está pagando con una cuota de miseria, de atraso”.

Aniceto, en su frustración e impotencia, comenzó a escribir un poema para endulzar su alma ante tanto oprobio.

EL VIEJO NICOLÁS

El viejo Nicolás acostado en su chinchorro de hilo, de múltiples colores, a ratos cerraba los ojos y parecía escapar de la realidad, entraba en un mundo de recuerdos. Miraba el techo como buscando respuestas a sus pasadas vivencias. Su mente lo llevaba a pasar revista de tantos episodios vividos. Su vida familiar, el trabajo en el campo, su romance con Altagracia, sus amigos, su conuco transformado en un campo petrolero, los recuerdo de Atahualpa.

A ratos abría los ojos y veía su realidad en 85 años. Sacaba una pierna del chinchorro y con el pie se impulsaba meciéndose. Ese vaivén lo adormecía mientras pensaba que este momento era bueno para recordarlo.

Nació en estas tierras llamadas ahora zona petrolera, su olfato se había acostumbrado a oler ese aroma extraño y tóxico propio de la Tierra.

Distinguía el olor de la tierra seca, de la tierra mojada por las continuas lluvias, para él recoger las cosechas de su conuco era un ritual, una conexión con Dios. Sus bendiciones, al parecer, premiaban el esfuerzo.

“Ganarás el pan con el sudor de tu frente”.

En su adolescencia, unos señores llegaron al rancho donde él vivía con sus padres allá en el Iguanál. Se identificaron como pastores y pensé: “¿Pastores?”.

Vestían bien, limpios, manos sin callos ¿Cómo pueden ser pastores?.

Su padre les mandó a sentarse, el escenario perfecto fue bajo un árbol de Cabima. Era un atardecer con viento suave, apenas se oía el murmullo de las hojas de algunos árboles, guerreros en el tiempo.

Uno de estos pastores abrió un libro, nos lo presentó como la Biblia. Buscó en una parte; leyó: “Génesis capítulo 3, versículo 1-23, ... y lo sacó Jehová del Huerto del Edén, para que labrase la tierra de que fue tomado”.

Han transcurrido 70 años, y aún el viejo Nicolás recuerda limpiamente aquella charla de los pastores, pese a sus cortos 15 años de entonces entendió lo que dijeron aquellos hombres: trabajar la tierra; labrarla, sembrarla, cosechar y tendremos el pan nuestro de cada día. Según ese libro sagrado. La Biblia es un mandato de Dios.

Se oyó cuando el viejo murmuraba:

“Señor ¡Perdónalos!

En el campo nuestros padres nos enseñaron a abrir la tierra para cultivar. Para eso la enamoramos, le hablamos bonito, ella sonríe, se alegra y nos da buena cosecha. La tierra siente, cuando le das amor, o le haces daño, está viva, tiene alma.

Abrimos la tierra para sembrarnos, mi madre, mi padre están sembrados.

... de polvo eres y en polvo te convertirás”.

Nuevamente se oye al viejo murmurar:

“Señor, ¡Perdónalos! “.

Con el tiempo Nicolás entendió que hay pastores de hombres, te hablan de Dios, de los mandamientos, de la fe; y otros pastores, pastorean animales.

Por instantes Nicolás pensó en su compadre Atahualpa: “¿Por dónde andará? Cuánto me gustaría verlo. Tomarnos uno tragos de ron, jugar una partida de dominó. ¡Ah, hombre cojonuo! Prefirió irse con “maleta y capotera” antes de echarse una vaina con esos gringos apoyados por el Jefe Civil.

¡Ah, hombre servil!”.

ATAHUALPA

Las mulas jadeaban, la carga sobre sus lomos y la larga caminata casi las hacen irse con aquella tarde cubierta de nubes ruborosas.

El hombre, se apeó las bestias, cerca de un arroyo. Una bandada de pájaros provocaron movimientos nerviosos en las mulas.

Atahualpa dijo:

“¡ Sooo! Quietas son solamente pajaritos, por estas tierras los llaman tijeretas”.

Al mismo tiempo les daba palmaditas en la nuca. Con paciencia y cuidado bajó la carga de la Niña, la Pinta y la Santa María. Mientras estas comían su ración de paja y agua, el hombre también se disponía a comer un pedazo de pan con carne salada.

Los leños prendidos hacían un ruido despidiendo centelleos de luz.

Con la cabeza recostada a su alforja, Atahualpa contemplaba el firmamento.

Pensaba que este parecía la capa de un hada llenita de estrellitas. (Bueno, eso decían los cuentos de la difunta abuela “Toñita”, que las hadas vestían unos trajes de tul cubiertos de estrellas, con zapatillas doradas)

Atahualpa: “¿Cómo será eso? Será algo muy hermoso porque aún recuerdo sus ojos de Parapara, y decía que era algo muy bello”.

Grandes bocanadas de humo hacía con su tabaco. 40 años llevaba pasando por estos parajes, sembraba yuca, maíz, auyama, y los cambiaba en el pueblo por café, sal, carne salada, panela, y otro víveres.

El bodeguero trató de venderle unas cajitas cuadradas con una llavecita.

Aquel dijo, son sardinas en salsa de Tomate. Atahualpa sintió repulsión al ver aquello.

El hombre se reía al recordar su reacción cuando vio las sardinas. Al mismo tiempo, botaba otra bocanada de humo. Cada tres meses bajaba al pueblo y cosas nuevas encontraba. El bodeguero las llamaba innovaciones o inventos.

¡ Qué vaina ! Murmuraba a la vez que expulsaba un escupitajo negro.

Nunca olvidará el día en que vio en el estante de la bodega unos frascos pequeños con un carajito pintado, casi peloncito de ojitos azules, gordito con una mazamorra adentro.

Con sorna se dirigió al bodeguero preguntándole: “ Compadre, dígame ¿Por estos lares como que hay guerra?

Aquel respondió:

“¿Por qué pregunta eso, compadre Atahualpa?

Atahualpa señalando los frascos: : “¡Ah pues, no ve que la mazamorra viene en frasquitos! ”.

—El Compadre lanzó una carcajada.

Bodeguero: “ No compa, no ve que eso se llama “compotas”, y es pa’ alimentar a los Carajitos”.

—Atahualpa siguió preguntando:
¿Y cómo abren esas com-po-tas, compa?”.

—El bodeguero fue al otro estante, enseñándole un objeto de hierro. Al mismo tiempo dijo: “ Esto se llama abre lata, y es bueno tenerlo en casa”.

“Yo no necesito ese garabato” – respondió Atahualpa.

Casi como enojado creía que el bodeguero le estaba tomando el pelo.

“Ya lo necesitará”, contestó el bodeguero.

Cerró los ojos, y pensó: “ Creo que vendrán tiempos difíciles. Es hora de dormir”.

Invocó a Dios. Y poco a poco se fue quedando dormido.

Abrió los lagañosos ojos. El agua del arroyo estaba muy fría, lavaba el rostro de esas secreciones nocturnales.

Prendió la hoguera, un cafecito negro entonaría el estómago a esta hora endulzado con panela, como era su costumbre.

Separaba las cenizas de los leños mientras hablaba a sus tres mulas:

“ya llegó el amanecer, mi abuela “Toñita” decía que él y el alba son huéspedes, que cuando llegan apenas se toman el café con uno y se van apuraditos porque detrás de ellos viene el Sol. Las estrellas corren el velo. Es hora de que ellas se vayan a dormir”.

Sentado en cuclillas, Atahualpa tomaba el café, por segundos hacia un silencio profundo, mientras miraba todo a su alrededor.

Cuando el amanecer llega comienza una nueva esperanza para todos los que vivimos porque aquí apartados.

Comienza el día, llega la noche.

Pasan los días, las noches, 40 años llevó un solo días, un solo amanecer, una sola noche. A él le preocupaba el progreso, cuando el bodeguero ofrece sus innovaciones o inventos habla de “modernismo”, del progreso que ya viene a estos parajes. Habrá que caminar con pie seguro, yo creo que estas palabras son inventadas por aquellos quienes viven allaaaá donde el sol se pierde.

Atahualpa miró al firmamento y pensó:

“Es que allá arriba no hay innovaciones, progreso o modernismo, siempre ha sido igual ¿Ven aquel lucerito? Llevo 40 años viéndolo en el mismo lugar. Y este arroyo cada día está más hermoso. Es un espejo, las estrellas acercándose a él para ver su hermosura. A veces las veo como las mozas del pueblo, con rojo en las mejillas y unas trenzas enrolladas en la nuca. Quizás lo más lindo es la pureza que brota de sus ojos ¡Croac, croac! Oyen ese canto que se busca con

la vista en la orilla del arroyo. Es Juanita, la rana mas brincona, la distingo entre todas, tiene una mancha negra en la cabeza”.

La Niña, la Pinta y la Santa María, parecían entender todo cuanto Atahualpa había hablado.

Aquí rompió el silencio cuando dijo: “ Les subiré la carga, es hora de marcharnos”.

Van acercándose a un lugar cubierto de arbustos, de tierra rojiza. La presencia del hombre y bestias asustan a una bandada de pájaros negros, que descansaban en las ramas de los árboles.

Atahualpa:

“¡Sooo, quietas! “.

Llegan al claro de las tres cruces. Los moradores aseguran que allí se quedaron para siempre tres exploradores llenos de codicia. La codicia mata, al vivir con ella se es infeliz, es un gusanito entra en la carne, que molesta día y noche.

... No hay apuro por llegar un solo día, un solo amanecer, una sola noche.

En un ojo de agua da de beber a las tres bestias. Un ruido desgarrador les turba, Atahualpa escudriña con la mirada. Es allá en el bosque de árboles grandes. A

distancia Atahualpa observa cómo cae un árbol y se oye un rugido

ensordecidor. Cae otro y otro árbol. Es como si la tierra y los árboles lloraran, corre hacia ese lugar y grita. Al aproximarse, descubre gente a quien él jamás había visto por estos lugares.

Usaban un casco brillante en la cabeza, zapatos grandes y fuertes, pantalones y camisa de color kaki. Ellos eran blancos, con los ojos azules y el cabello amarillo. El hombre con el Tabaco en la boca le habló en un idioma desconocido.

Unas máquinas grandes, sacaban brazos, se adelantaban, retrocedían. Estaban derribando más y más árboles.

Atahualpa les gritaba:

“¡Ya basta, criminales, asesinos, bastardos!”.

Los intrusos se reían.

Enardecido Atahualpa, Agarró y lanzó piedras con furia contra esos intrusos.

“¡Indio maldito!”

Alcanzó a oír Atahualpa, en el mismo momento cuando sintió a alguien apuntándole con una pistola y diciéndole: “Vete Atahualpa”.

No sin asombro vio al propio Jefe Civil del Pueblo.

“Estas tierras eran del estado, ahora pertenecen a esta compañía.

Vienen a explorar, a buscar petróleo, debemos colaborar. No impidas el progreso”.

Como respuesta, Atahualpa lo miró con odio, dio media vuelta, recogió a sus bestias y siguió rumbo a su rancho.

Aún faltaba por llegar. Total.

Era un solo día, un solo amanecer, una sola noche.

En cada paso le martillaba en el cerebro estas expresiones:

“No debes impedir el progreso”, “¡Maldito indio!”,
“Estas tierras eran del estado...”

“Buscan Petróleo...”

Atahualpa lloraba su rabia, bebía sus lágrimas de indio.

¿Cuánto hacía que no lloraba? Desde la muerte de ella que murió con su vientre lleno. El quedó allí. El vientre de su madre le dio la vida y la muerte.

Por aquí “nomás” abrimos la tierra para sembrar la semilla, la que generosamente devuelve los frutos.

Para comer el pan nuestro de cada día.

Profanamos la tierra para enterrar a nuestros muertos, con permiso de Dios.

Se apeó de las mulas, bajó la carga para llevarla adentro, dio un vistazo rápido alrededor del rancho.

Entró y encendió los leños del fogón para montar la olla. Era hora de prepararse algo de comer.

Colgó el chinchorro en el solar. Se acostó. El incidente de esta mañana aún lo mantenía en un estado de intranquilidad.

Sentía una tristeza inmensa, mientras se fue apareciendo la oscuridad nocturnal, Atahualpa miró el firmamento casi con una actitud desolada.

Pensó: “ ¡Qué noche tan oscura, hoy no hay luna llena, ni estrellas ni nada. Todas están dormidas. Hoy no quisiera ir al arroyo ¿Qué estará haciendo Juanita en el arroyo? ¿Con esta oscuridad se verán todavía las tres cruces de los exploradores codiciosos? Apenas se divisó el árbol frondoso, allí están enterrados mi mujer y mi hijo. Él los cobija, ellos viven en él”.

Así seguía apretando sus sienes, cerraba los ojos, oía en su mente los gritos desgarradores de esos árboles derribados por aquellos intrusos. Recuerda sus raíces profundas dejadas al descubierto, las entrañas de la madre tierra desgarradas, las palabras incompresibles del Jefe Civil.

“No debes impedir el progreso...”.

Atahualpa pensaba en voz alta:

“¡Qué vaina! ¿Será por eso que el bodeguero vende sardinas en pote, compotas y esos garabatos llamados abre latas?”.

El canto majestuoso de un gallo le anuncia la llegada del amanecer.

Atahualpa bosteza: “ ¡Qué aburrimiento, noche sin luna, sin estrellas para hablar con ellas!”.

La Niña, la Pinta y la Santa María, están durmiendo. Así las llamó él en honor a ese navegante conocido por todos, quien descubrió un continente que se llamaría América. Un tal Cristóbal Colon que se le metió en la cabeza que la tierra era redonda.

El hombre tenía muchas ideas, pero no tenía dinero. Habló con unos Reyes de un lugar llamado España. Estos ayudaron a este hombre que estaba “empecinao” en demostrar que la tierra era redonda y que él podía llegar a la India por otro “atajadero”. Los reyes, quienes no eran tan tontos, lo ayudaran, por algo son reyes. Ellos vieron que si fracasaban, no se perdía nada. ¡Ah! Pero, si triunfaban como sucedió, se ponían a valer.

Atahualpa se reía de sí mismo y pensaba: “se armaron dos limpios”.

Al recordar a la abuela Toñita, suspiraba Atahualpa.

Con cuanta gracia echaba ese cuento de Cristóbal Colón y sus tres barcos.

“¡Ah, hombre testaruo”, decía ella.

Los ruidos infernales de las máquinas derrumbando árboles, despertaron a Atahualpa.

Bruscamente se levantó del chinchorro. Con el trasnocho no había sentido los rayos solares.

Han transcurrido 20 años. Atahualpa fue testigo de la destrucción de todo aquel gran ecosistema. Desde su rancho divisaba cómo el paisaje se iba transformado, a causa de las vías de comunicación construidas como formas de acceso para ir a los pozos petroleros y a los balancines. Allí estaban las ciénagas tapiadas que fueron consideradas focos de paludismo, los pájaros habían emigrado, quedaron sin árboles para construir sus nidos. El arroyo ahora seco sepultó a Juanita. Las estrellas se quedaron sin su espejo para contemplarse.

Las tres cruces desaparecieron del ambiente por culpa de la codicia de otros. Menos mal que aún permanecía en pie, aquel frondoso árbol que celosamente cobijaba las cenizas de sus difuntos.

La Niña, la Pinta y la Santa María, ya no existían, una peste las exterminó a las tres.

Ahora, lo acompañaba un caballo a quien Atahualpa llamó “Mr. British”.

Marcharse era la solución. “El progreso” intentaba penetrar en su rancho.

Construirán una carretera, parte del rancho sería derribado.

—Fue al “árbol sagrado” llamado así por él, allí recogió tierra de sus difuntos y la guardó en un morral.

Recogió parte de sus enseres, sonrió al encontrarse con el abrelatas.

Se montó en Mr. British y partí cobijado por la luz de la luna y de las estrellas. El lucero aún está ahí como hace 60 años. Total, hacía 20 años ya que las noches, los amaneceres y los días comenzaron a contarse...

CAPÍTULO V

LA LLEGADA DE REBECA

En la mañana se oía mucho ruido. Altagracia iba y venía por toda la casa.

Era domingo, día de descansar un poco.

Nicolás y Aniceto van a la cocina a saludar a la tía.

Con mucha alegría les responde al saludo.

Altagracia, al mismo tiempo le dice a Nicolás: “¿Sabes quién viene hoy? La niña Rebeca”.

Nicolás no puede esconder la alegría que le causa esa noticia.

Altagracia: “Nicolás, tráeme flores del jardín, a la niña le encantan las flores”.

Ella mira luego Aniceto con mucha picardía.

Altagracia: “Rebeca vive en la casa de al lado, desde que murió el papá y la mamá no ha vuelto por aquí. Es una catira bella de ojos verdes como los tuyos. Hoy tendremos una comida especial para una persona especial. Hijo me voy a la cocina”.

Unas horas más tarde, llega Rebeca y abraza y besa a Altagracia.

Rebeca: “Bendición, tía”.

La tía le responde:

“Dios te bendiga, mi niña”.

Rebeca hace lo mismo con Nicolás.

Este con voz casi quebrantada abraza a Rebeca, le da un beso y al mismo tiempo le dice que dios te bendiga, que es una muñeca, y que si está bella.

Rebeca sonríe ante tantos halagos.

Le presentan a Aniceto y este con una actitud de caballero,

le dice: “ Mucho gusto, señorita. Mi nombre es Aniceto Leal”.

Rebeca le responde, mirándolo con admiración.

Durante la comida no dejaban de cruzarse las miradas. La tía, por su parte, estaba contenta, pensaba que ojalá esta muchacha se enamorara de Aniceto, ya que eran el uno para el otro.

EL GALLO CANTÓ

EL GALLO CANTABA a la misma hora. “El buen mozo” como lo llamaba su padre, despertaba a todos en la casa y ayudaba a su mamá a moler el maíz para hacer las arepas.

Su única diversión era montar a caballo. La brisa de la mañana la embriagaba de sueños como el de que algún día iría a la escuela.

“Apenas leo, escribo, sumo y resto”, decía para sus adentros.

Una vez oyó decir en el pueblo quien lee y escriba... conocerá otros mundos; verá la luz del conocimiento, hablará bonito.

Murmuraba: “Yo quiero ver la luz del conocimiento, hablar bonito también”.

La gente en el caserío no se preocupaba de aprender a leer.

La vieja Petra no dejaba de repetir aquella frase hecha: “Loro viejo no aprende hablar”. Pues, yo hablo, hablaré mejor, leeré y escribiré.

Encima de su caballo, paso a paso, dijo: “Algún día saldré de este monte.

Mi bisabuela y abuela nacieron, vivieron y murieron aquí. Mi madre va por el mismo camino, yo no las seguiré”.

Con la rebeldía a veces afloraba en ella este grito:
“Yo no soy una mata de maíz, hecha para nacer, crecer y dar las mazorcas, y después de muerta convertirme en rastrojo”.

Mirando el firmamento exclama con firmeza:
“Yo seré el sol, la luna, que nunca mueren, y dan luz a las gentes para que les hablen bonito. Conoceré el mundo”.

Con furia, riéndose y al galope le dijo a su Caballo:
“¡Relámpago, Jamás seré rastrojo!”.

Un relincho se oyó en el monte.

PRESAGIOS

A LO LEJOS SE OÍA un perro ladrar.

“Se acerca la noche” – dijo el abuelo.

Enciende entonces las velas, la noche prometía ser tenebrosa.

“Hoy no saldrá la luna y su ausencia me asusta” – murmuraba.

El Perro seguía ladrando, y al unísono el Gallo cantaba. Pero qué extraño. A esta hora los gallos no cantan. El miedo la atemorizó, y corrió al lado de su madre, sin saber qué decirle.

Solo se le ocurrió preguntarle:

“¿Mamá, en qué puedo ayudarte?”

Su madre les respondió:

“Toma, lleva la escudilla del guiso a la mesa y el canasto con las arepa”.

Mantenerse ocupada la ayudaría a no pensar en el canto del gallo a las 7:00 de la noche.

Rebeca era de naturaleza inquieta, curiosa, con una rebeldía que pocas veces manifestaba.

Sus pisadas eran tan silenciosas, que a veces su abuela se asustaba.

“Muchacha pareces un fantasma deambulando por toda la casa”, le decía la vieja.

Rebeca se reía de la forma y el tono de voz de la abuela.

Le oyó decir a su madre:

“Cuando el gallo canta a horas que no le toca es que anuncia un mal presagio”.

Su madre observó un silencio poco usual en Rebeca. Luego de mirarla un instante le preguntó:

“Rebeca ¿Qué te pasa?”.

Rebeca le contestó que nada, que solo era que tenía sueño.

Luego de una pausa, Rebeca se armó de valentía.

Rebeca: “Me gustaría estudiar”.

La madre la miró con admiración y la calmó diciéndole que no se preocupara, que este año lo solucionaría.

“El abuelo, tu padre y yo ya hemos hablado sobre eso”.

Terminada la cena, toda la familia se reunió en la sala. Rebeca trajo el café, mientras lo tomaban, su papá interrumpió el silencio.

El padre: “Bien, el motivo de la reunión es para participarles una decisión, que ayudará a toda la familia, es-

pecialmente a ti, Rebeca.Después de meditar y analizar he pensado que nos mudemos para Cabimas, allá están explotando petróleo, y hay mucho trabajo. Hija y tú podrás estudiar, tener una profesión. Tu vida no será como la de nosotros que somos campesinos sin futuro. Este conuco apenas da para comer, y algo más que a veces vendemos. Nos hemos puesto viejos, cansados, no tenemos nada, solo las manos llenas de callos. Ya vendí el conuco, la casa y los animales al compadre Antonio. Nos iremos en dos caballos y en dos mulas. Estas irán cargadas con lo necesario, en un caballo irás tú Rebeca con el abuelo, y en el otro iré yo junto con Mercedes. Ya están al tanto de todo. Saldremos en dos días. Buenas noches, Dios los Bendiga”.

Cuando su padre dio por terminada la conversación, Rebeca no dejaba de sonreír.

Así fue como el gallo cantó no para presagiar cosas malas, sino para despedirse y desearles lo mejor.

Muy satisfecha murmuró Rebeca: “No seré rastrojo”.

Desde la muerte de sus padres y del abuelo, no había entrado a la casa donde hacía 20 años llegaron imbuidos de sueños.

Al entrar sobrevinieron los recuerdos. El mecedor de su abuelo... parecía verlo sentado y oyéndole decir con una jamás que ella jamás olvidaría en su vida.

Abuelo: “Rebeca ven, siéntate a mi lado. Voy a contarte el cuento de la Cenicienta:...Había una vez...”

Rebeca sabía ya que al final del relato el abuelo le iba a preguntar si le gustaría ser la Cenicienta? Y ella le respondía con un no rotundo.

Abuelo: “¿ Por qué, hija?”.

Rebeca: “ Es que no quiero ser maltratada, abuelo”.

El abuelo se reía cuando Rebeca daba esa respuesta.

Solo recordarlo la hacía sonreír.

Rebeca llegó a una mesa redonda y pequeña. Sobre esta estaban polvorientos los espejuelos de su papá. Parecía escucharlo diciéndole que lo ayudara a encontrarlos. Nunca el abuelo sabía dónde los había dejado puestos.

Un poco más allá de la mesa, estaba la repisa donde Rosario, su madre, todos los días rezaba.

Su madre era devota de la virgen de Coromoto. Cuánta devoción la de Rosario.

Rebeca detuvo la mirada en un almanaque colgado detrás de la puerta principal, donde se podía leer:

“Felices Pascuas y un venturoso año nuevo, 1950”.

“El tiempo...” murmuró Rebeca frente al almanaque amarillento. El reloj de pared se había detenido a las

12:00 am, sin saber de cuál año, mes o día.

Rebeca dijo en voz alta con nostalgia: “Me atrevo a decir que el tiempo no transcurre. Tiempo y espacio allí están uno dentro del otro, y son como lo mismo”.

Cuadros envejecidos por los años decoraban aquella habitación, con fotos familiares tan antiguas que se sentía una sensación de pesadez sin tiempo y sin espacio. Todo parecía flotar a causa de tantos recuerdos.

Díálogos silenciosos había sin duda entre aquellos personajes colgados en las paredes que parecían que relataban hechos pasados. La luz de la vela alargaba y desfiguraba las facciones de quienes ahora eran solamente seres inanimados.

Pese a lo opaco de los marcos de madera de color marrón se deducía que en su época fueron hermosos. Sus formas ovaladas contrastaban con los vidrios abombados que protegían la vida de las fotografías.

Telarañas aventureras lograron entrar a través de una rendija, de allí que la trama de sus hilos impidan ver con claridad el medallón de la virgen de Coromoto colgado del cuello de la abuela.

Un frío invadió el cuerpo de Rebeca. Su mirada recorría en segundos, esos 20 años, desde la llegada del abuelo y de sus padres.

Ella, a pesar de todo, venía cargada de sueños.

Desde afuera, de pronto, una voz la saca de sus recuerdos.

RAMÓN: EL CUENTA CUENTOS

“Buenos días, niña Rebeca” Así decía Ramón el hombre más viejo en el barrio, el “cuenta cuentos,” la enciclopedia, como le dirían en la Universidad.

Rebeca lo recibía con mucha alegría y lo invitaba a pasar y a sentarse en el mecedor del abuelo. Lo miraba con dulzura, en su mente pensó que estaba frente a un hombre observador, conocedor, testigo de los acontecimientos acaecidos aquí en Cabimas.

Rebeca le ofrece café.

Ramón, dando sorbos a la taza: “Cómo se ve que eres de Coro, haces bien el café, endulzado con papelón”.

Rebeca aprueba y sonríe

Se oye en toda la zona el pito de las 4:00 de la tarde.

Ese pito indicaba que el día ya se había ido. Que algunos hombres están saliendo de la “Compañía”, y otros comenzarán, porque ese pito es la señal del cambio de guardia.

Ramón se levanta y saca un tabaco del bolsillo de la camisa, se dirige al candelabro y lo enciende con la vela, produce contorsiones con la boca, tratando de mantenerlo prendido.

Mira a Rebeca con picardía y le dice:

“Eres de esa generación que se fue en el ferry y el ferry regresó vacío. Construye como te lo decía tu difunto abuelo.

Empieza tu, luego vendrán otros recuerdos:

“Grano a grano a la Gallina se llena el buche”. El viejo prosigue: no creas en aquello de: “Chivo que se devuelve se desnuda”.

Bajo las cenizas aún se puede construir.

De ese pastel petrolero más de la mitad lo agarraron las empresas extranjeras. Otra parte, le de menor tamaño, fue a parar a manos del gobierno, y una pequeñísima parte le tocó al pueblo.

Muchos jóvenes fueron a la capital a estudiar a la Universidad. Había dinero para tecnificar el país, eran jóvenes y con talento.

Lamentablemente, todas las hojas de un árbol no son iguales.

Todos no estudiaron, se quedaron trabajando en la compañía como obreros. El sistema no les brindaba ayuda para darles conocimientos técnicos.”

Rebeca lo escuchaba muy atenta, casi extasiada frente a un atardecer.

Ramón después de chupar su tabaco:
“Sabes, hija, la realidad de este pueblo está colgada en las paredes de las casas:

Creole petroleum corporation

Diploma al Merito

Al Sr. Juan Rodríguez por sus 30 años de servicio a la Empresa.

El único diploma recibido por nuestros obreros fue el de haber sido explotados”.

Nuevamente, Ramón toma café y hace contorsiones con su boca.

Ramón: “ Las empresas petrolera exploraron, explotaron irrespetando a la naturaleza, al ser humano...”

De pronto se sonríe sarcásticamente al acordarse algo:

“¿Respeto? ¿Puede haber res-pe-to en estos hombres sedientos de dinero? No seamos ingenuos.

¿Qué no han visto estos ojos? Es cierto, derrumbaron árboles, tapiaron ciénagas y con ello la vida acuática. Al Lago de Maracaibo le tiraron químicos, contaminaron todo el ambiente”.

Ramón siempre se silenciaba en breves pausas, suficiente como para que Rebeca sacar sus conclusiones.

Ella pensaba que estaba ante un hombre quien oyó directamente sobre las guerras civiles. Ramón que llegó a Cabimas en los mismos inicios de la explotación petrolera, que vivió en carne propia los cambios acelerados de este

proceso. Todavía así, Ramón sobrevive en esta compleja sociedad. Tanto dinero... tanta pobreza. El pastel no se repartió equitativamente, por lo menos a él no le llegó.

Ramón vuelve a romper el silencio con sus palabras: “Niña Rebeca, yo soy el “Cuenta Cuentos de este pueblo. Siempre estoy en los velorios, bautizos, matrimonios. Justamente, ahora mismo debo estar en un velorio. Acompáñame.”

Rebeca acepta la invitación. Salen de la casa y comienzan a caminar. Ramón le recomienda que observe todo. Después de una media hora de ir andando.

Rebeca: “¿Cuánto falta para llegar?”.

Ramón: “Mucho, hija”.

Después de haber caminado un trecho más largo.

Ramón: “¿Niña Rebeca, qué sientes ahora?”

Rebeca: “Tristeza, es como si la tarde fuese devorada por la tristeza. Siento que la tierra llora, que le han extraído durante el día su riqueza. La tierra tiene voz, alma, espíritu”.

Ramón asiente con la cabeza y se seca unas gotas de sudor.

Rebeca en un tono de reproche:

“ Nos quitaron la paz y tranquilidad con violencia. Cortaron un proceso natural al cual tienen derecho los pueblos. Señor Ramón, como usted mismo lo dice: tapiaron las ciénagas, destruyeron asentamientos arqueológicos y exterminaron las huellas del pasado. Esas huellas serían el punto inicial para construir nuestra historia y sentirnos orgullosos de una identidad como pueblo. No ve usted que ya el pueblo no aspira el olor de las flores del aragüaney, del Apamate, de los Robles y mucho menos de los Nardos.

Rebeca y el cuenta cuentos sabían que la primavera estaba en su mayor esplendor, pero eso en Cabimas como a que nadie más le importaba.

Mechurrios como siempre, con una llama prendida día y noche, seguían y seguirán quemando el gas, que contamina el ambiente y los seres que lo habitan.

Los sollozos del lago contra el crujir victorioso de los balancines producían una mezcla de rabia y dolor en la mente y corazón de Rebeca y de Ramón.

La presencia del sol de los venados con su degradación del color amarillo y naranja, daba esa iluminación de alegría a la ciudad nacida de la explotación petrolera: Cabimas.

Honrosamente, su nombre se debe a esos árboles derribados, bosque tras bosque, en nombre de un progreso material y humano que perdió su brújula o nunca la tuvo.

Cabimas, ahora y siempre, seguirá siendo esa tierra cubierta de balancines.

Contenido

Capítulo I	
De Coro a Cabimas	9
Capítulo II	
La despedida	25
La travesía	29
Capítulo III	
Aniceto y altagracia	37
Noche de luna	45
María acosta	53
Capítulo IV	
La gallina cayama	61
Aniceto y su poesía	67
El viejo nicolás	73
Atahualpa	79
Capítulo V	
La llegada de rebeca	95
El gallo cantó	99
Presagios	103
Ramón: el cuenta cuentos	111

